

## CAPÍTULO V

---

Llegada de Gómez a las costas del Pacífico. — Su brillante actuación en la política y la prensa de Chile

Llega Gómez a Chile, y en Valparaíso se hace un nombre como periodista, redactando "El Mercurio" en condiciones que su fama se extiende por todos los ámbitos de la nación hospitalaria que le abrió los brazos incorporándolo al grupo de los obreros de aquella generación argentina que tanto hizo por el progreso de las ideas y que no dejó sucesión intelectual de su talla, porque Sarmiento, López, Alberdi, Mitre... pertenecen a una selección de que nunca es pródiga la Naturaleza.

Lo que hizo en Chile durante los siete años que allí permaneció es altamente honroso para él. Se encarga de la redacción de "El Mercurio", en Valparaíso, y empieza por sostener la política del Presidente general Bulnes; pero su Ministerio reaccionario, de que era el alma don Manuel Montt, su amigo íntimo y su candidato a la Presidencia de la República más tarde, lo echa en la oposición, y es tan feliz su campaña contra el Gobierno, que el Ministerio cae vencido por la opinión pública.

A Montt sucede como jefe del gabinete don Manuel Camilo Vial, que no satisface mayormente los deseos de Gómez en cuanto a garantías populares y libertades, por lo cual rechaza un contrato ventajoso que se le ofrecía como medio de propiciarse el Gobierno la propaganda de "El Mercurio".

Llega la época de las elecciones y el oficialismo es derrotado, concurriendo a esa solución, en primer término la actitud de Gómez en su diario, cooperando así a que el Congreso más notable que hasta esa fecha había tenido Chile, fuese el de 1849, consagrado como el fruto irremplazable de la libertad electoral.

Más tarde, conceptuando la candidatura de don Manuel Montt la más conveniente para la Presidencia de la República, la proclama y sostiene con el mismo calor y sinceridad con que en años anteriores había combatido al propio ciudadano como Ministro del general Bulnes.

En la presidencia de Montt funda "El Diario", que le sirve para propagar las ideas de toda su vida sobre la libertad dentro del orden.

Y en 1852 regresa a su Patria no sin haber merecido el año anterior la distinción de que se le nombrase miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en decreto en que se designaban también para el cargo a eminentes ciudadanos chilenos como Alejandro Reyes, Aníbal Pinto, Francisco Vargas y otros de la misma reputación.

A la circunstancia de haber los señores Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna publicado una reseña de los redactores de "El Mercurio" durante cincuenta años, y haber en ella deslizado envuelta en elogios una inconveniencia que el doctor Gómez consideró ultrajante, se debe que hiciese en su defensa una síntesis de la vida de escritor que llevó en Chile; y dando por motivo que el artículo de los señores Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna había sido publicado en Montevideo, donde no quería que se le juzgase sin oír su protesta, dirigió en 1877 a don Olegario V. Andrade, redactor de "La Tribuna", de Buenos Aires, una carta que reprodujeron los diarios de su ciudad nativa, en cuya carta lo más interesante, después de explicar en ella su oposición al primer Ministerio del general Bulnes, es la siguiente:

“A don Manuel Montt sucedió don Manuel Camilo Vial, que empezó por querer imponer a “El Mercurio” un contrato que yo rechacé con indignación, y que fué aceptado por Alberdi, quien creó bajo los auspicios del Gobierno “El Comercio”, para anonadar a “El Mercurio”. En la lucha entre los dos diarios, Alberdi, sostenido por el Gobierno, se retiró vencido por la opinión, abandonando la redacción a don Bartolomé Mitre, con quien confraternizábamos en principios y doctrinas desde la escuela.

“Mientras subsistió el Ministerio Vial, mi redacción fué una batalla diaria contra el Gobierno, en sostén de la libertad de comercio, de la prensa, de la tribuna, de reunión, del sufragio, de todas las libertades, y por primera vez, y por única hasta la fecha, como no ha mucho lo reconoció el mismo Vicuña Mackenna, el Gobierno fué vencido en elecciones populares, en la lucha por mí promovida y sostenida en Valparaíso, que trajo la caída de Vial e hizo gobierno al candidato de “El Mercurio”.

“Llega 1851, la más borrascosa lucha presidencial que recuerda Chile, porque importaba una verdadera revolución, que había empezado en la prensa, iba a desarrollarse en los comicios y debía tener la sangrienta sanción de las batallas.

“Un día se me aparece Sarmiento en mi oficina de redacción. Me manifiesta que los próceres y magnates de nuestro partido, se habían reunido en Santiago, que habían elegido para candidato a la Presidencia de la República a don Ramón Luis Irrazábal, muy distinguido ciudadano, pero ultramontano y pelucón por tradición y convencimiento, y que contaban con que sostendríamos vigorosamente esa candidatura. Sin vacilar le contesté que no, que mi candidato indeclinable era don Manuel Montt, en quien yo veía la representación de la democracia, como la entendía, y el eje sobre

el cual debía rodar la revolución que se operaba en Chile para que fuese fecunda. Sarmiento me apretó las manos con entusiasmo, asegurándome que estaba tan de acuerdo y tan resuelto que se marchaba en el acto a Santiago a lanzar a los cuatro vientos, estrepitosamente, la candidatura Montt, sin consultar a bicho viviente, como en efecto lo hizo.

“Ni Gobiernos ni partidos me impusieron, pues. Obedecí a convicciones sinceras y nobles. Amaba la libertad para Chile como la amaba para el Río de la Plata y para el mundo entero. La serví allí como la serviré hasta el último aliento en cualquier latitud a que me arrojen los sucesos.

“¿Me equivoqué?

“Los señores Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna tienen el más perfecto derecho de imputar a mi pobre inteligencia todo el error posible en la ilimitada fatalidad humana.

“Pero apelo de su juicio a la actualidad de Chile. “Ella es la consecuencia lógica y necesaria de la revolución que se operó con mi consciente concurso contra el peluconismo y el pipiolismo, contra la oligarquía y la demagogia, revolución de que era la más completa expresión el candidato Montt, el hombre del pueblo, el profesor del Instituto, alzado por su ciencia a la altura del poder público en hombros de la juventud universitaria.”

En la forma más imparcial que cabe, y con la comprobación más absoluta, ha sido abonada la verdad de lo afirmado por el doctor Gómez.

En efecto: “El Pensamiento Latino”, periódico de Santiago de Chile que en su número correspondiente al mes de octubre de 1905 trae una reseña de la velada que en el Ateneo de aquella capital se verificó en honor de Gómez, cuando la traslación de sus restos desde Buenos Aires a Montevideo, inserta, entre otros

meritorios trabajos leídos en esa oportunidad, un concienzudo y erudito discurso de don Ricardo Montaner Bello, del cual voy a transcribir una parte porque importa algo así como la historia hábilmente compendiada de las tareas de periodista, llevadas a cabo por el doctor Gómez durante su permanencia en la República andina.

Habla ahora el señor Montaner Bello: "Gómez tomó activísima participación en los debates de la prensa, y no obstante su juventud, tuvo la honra de suceder a Sarmiento en la redacción de "El Mercurio", diario que compartía con "El Araucano" el tutelaje de la inteligencia nacional. El criterio del nuevo periodista no hizo contraste con el de su eximio antecesor: uno y otro probaron ser talentos de primer orden, con la diferencia, ventajosa para Gómez, de que su forma fué templada y serena, en vez de la dicción ardorosa, pero a menudo hiriente y agria, del publicista argentino.

"En las columnas de aquel diario y en el que fué de su propiedad más tarde, yace esparcida y fraccionada la obra intelectual de Gómez esperando una mano amiga que la recoja y organice. Ella evidencia, en su conjunto, la singular fecundidad de su pensamiento y su extraordinario derroche de ideas y de recursos. Todos los problemas sociales y políticos fueron tratados por su pluma, y en todos se encuentra alguna nota original, característica, algún punto especial de mira, que sube muy por alto sobre la vulgaridad corriente y abre nuevos horizontes a la imaginación. Para valorizar su volumen intelectual, si es posible expresarse así, se presenta el obstáculo de la dificultad de la elección. Su talento no era puramente especulativo y teórico, sino también práctico y experimental, y aplicaba con frecuencia las cifras y la estadística. Poseía un espíritu sagaz, previsor, calculador, que no se engañaba con la mera apariencia de las cosas, ni creía en la forma defi-

nitiva de las instituciones, que están sometidas, en verdad, a continuos cambios y mutaciones, según las propias necesidades que están llamadas a servir. “La política de Chile, decía, se halla colocada entre la conservación y la reforma. La constitución conservadora, la política conservadora de sus Gobiernos, han dado a la nación tantos años de paz como no se cuentan en ninguna de las otras Repúblicas sudamericanas. Pero las ideas surgen, pero el prospecto de un orden de cosas venidero avanza hacia nosotros agigantándose, y es necesario abrirle paso de grado o por fuerza. La reforma nos asalta, aceptémosla. No hay Hércules para esa hidra. Acojámosla, como antídoto, ya que puede matarnos como veneno.”

“Trató siempre con especial detenimiento, de las cuestiones relativas al comercio y a la ley de navegación, porque tenía la firme certeza de que Chile debía ser una nación comercial y marítima. “Sin ello, escribiría, no tendrá en el continente sino una posición secundaria, una mediocre importancia y una bien mediana prosperidad. Su engrandecimiento dependerá de la extensión comercial y marítima que alcance.”

“La posición respectiva de Chile, apuntaba en otra parte, y las Repúblicas hermanas del Pacífico, va pasando por un cambio que será muy conveniente no desconocer: abandonemos, porque ya es tiempo, la pretensión pueril de encontrar bueno sólo lo que nos pertenece, abramos los ojos ante las ventajas con que la Naturaleza y las cosas han dotado también las naciones que nos rodean, y convenzámonos del esfuerzo que nos demanda la Patria a cada ciudadano, para conservar la preeminencia en que nos hemos visto colocados hasta ahora. La paz, el orden, se cimentan en las otras Repúblicas; la cualidad y

“multiplicidad de sus productos ofrecen a la Europa  
“un incentivo que es necesario neutralizar, las distan-  
“cias pueden cambiar, el mundo que tenemos enfrente  
“empieza a abrirse, todo nos excita a impulsar con  
“tiempo nuestra prosperidad, a colocarla sobre una  
“base que no puede minar el tiempo ni sacudir los  
“movimientos de la tierra.”

“Como principal resorte de ese engrandecimiento a  
“que aspiramos, se nos muestra a todos el comercio,  
“nuestras relaciones, nuestro contacto frecuente con  
“el resto del mundo. Las opiniones parecen unifor-  
“mes a este respecto, y no dudamos que lo sean tam-  
“bién en cuanto a la necesidad de una impresión más  
“enérgica.”

“Gómez veía en el comercio, no sólo el intercambio de  
mercaderías, sino también un agente poderoso de civi-  
lización, y como a tal, quería contemplarlo libre y sin  
ataduras que impidiesen su progreso. Sostenía que las  
franquicias comerciales y la libertad de los cambios no  
eran opuestas a los intereses fiscales; pero defendía el  
impuesto de aduanas, como el más fácil, justo, y de  
mejores resultados.

“Toda legislación de aduanas, añadía, no tiene por  
“objeto más que la exacta percepción de los derechos  
“del Estado; todas sus disposiciones se reducen a ga-  
“rantir la recaudación íntegra de la cantidad con que  
“debe contribuir la importación al sostén de la cosa  
“pública”. En las tarifas de aduana consideraba  
dos primordiales objetos: el impuesto y el medio de  
proteger las industrias del país. El impuesto, estable-  
cido en esa forma, convenía a un país joven como Chile,  
pero en otros más ricos y más extensos debían tomar  
el primer lugar los impuestos sobre la renta y sobre la  
propiedad territorial. En cuanto a la protección de las  
industrias nacionales, sostenía Gómez, que la riqueza  
de las naciones ha comenzado con ella, pero que la

protección empieza a ser funesta cuando ya no es necesaria. Combatió el sistema general y absoluto de una tarifa protectora, profesando sobre este punto el oportunismo y las medidas que aconsejase la propia experiencia. “Los derechos prohibitivos no son los que favorecen la industria nacional, decía: la verdadera protección no consiste en eximirla de toda concurrencia, sino en facilitarle medios de sustentarla; la protección eficaz es la que no da lugar al contrabando; los moderados derechos consultan los intereses del consumidor y es la protección más provechosa al erario”. Este debate sobre las cuestiones comerciales fué el más extenso y dilatado de todos, y también uno de los más importantes, porque en la organización mercantil estaban basados exclusivamente todos los recursos del Tesoro público.

“Por aquellos años, la política comercial del Gobierno de Chile atravesaba por una evolución completa. Hasta entonces había buscado la igualdad e imparcialidad respecto de las naciones europeas, en donde la redundancia de la población, el adelantamiento de las artes y la acumulación de los capitales, daban exorbitantes ventajas sobre los mercados de los nuevos Estados hispano-americanos; y respecto de éstos, había buscado favores y exenciones especiales y recíprocas, con el fin de fomentar y proteger su industria productora y su naciente navegación, haciéndolos capaces de sostener en sus mismos puertos la competencia de los artículos y mercaderías europeas. Pero luego se desengañó de estas teorías, que estaban fundadas sobre el error de creer que los Estados hispano-americanos, por el hecho de ser de una sola familia, tenían también intereses y necesidades idénticos, y dejándolos de lado, entró por el camino ya trazado por otras naciones americanas, esto es, ajustar su política comercial a las conveniencias particulares de los Estados contratantes, porque insis-



tir en su modo de pensar hubiera sido un acto de abnegación estéril y perjudicial para sus propios intereses nacionales. Las ideas mantenidas por Gómez, eminentemente prácticas y no altruistas, ayudaron a convencer a la opinión pública de la conveniencia de esta evolución llevada a cabo.

“En materia de enseñanza escribió Gómez largos y nutridos artículos, defendiendo su libertad en cuanto era posible. Tenía ideas muy amplias sobre la cuestión; pero del principio general de libertad distinguía y exceptuaba un ramo: el de la enseñanza primaria. En este punto deseaba vivamente la intervención del Estado y la uniformidad en sus métodos, por tres razones principales: “por la diferencia que hacía de lo que es educación de lo que es instrucción, por la influencia de la inferioridad de educación en las distintas clases de una sociedad democrática, y porque en la práctica sostenía que era irrealizable la libertad de enseñanza respecto de la niñez.”

“Además de los rudimentos de la educación intelectual, añadía, el niño va a adquirir en las escuelas lo que debiera enseñarle el padre de familia, el sentimiento de lo bueno y de lo honesto, el amor al semejante, el respeto a la dignidad del hombre, lo que constituye, en una palabra, las virtudes privadas y la de ser el fundamento de las virtudes públicas: si el padre de familia tiene el derecho de cerciorarse de la comportación de un hombre a quien ha confiado un hijo suyo, ¿cómo se le quiere privar a la nación el de investigar la del profesor a quien ha confiado uno de sus ciudadanos? ¿Puede tolerar éste que una juventud entera, el porvenir todo del Estado, se críe sin educación moral? En nuestro concepto sería una indolencia culpable, y no vemos otro modo de impedirlo que ejerciendo el país una vigilancia constante sobre las personas que se dedican a la

“ educación, por medio de reglamentos y de inscrip-  
“ ciones.” La libertad de enseñanza se reduce, pues,  
a la libertad de instrucción.

“Trató también con copiosa doctrina de la supresión  
de los mayorazgos, del desarrollo de la inmigración  
extranjera, de la reforma de la organización municipal,  
de la ley de elecciones, de la construcción de ferroca-  
rriles y de la modificación del sistema de hacienda pú-  
blica entonces vigente, pidiendo la inmediata deroga-  
ción del estanco, y la supresión del diezmo por otro  
medio de contribución más equitativo.

“Atacó con todo el ímpetu de su espíritu el proyecto  
de ley sobre libertad de la prensa, presentado al Con-  
greso por el Gobierno en 1846, defendiendo la ley vi-  
gente del año 28, una de las pocas obras del pipiolismo  
que aún se conservaba en pie. Se apartó en esta cam-  
paña de todos sus amigos, e hizo fuego sobre las ideas  
de Bello, de Montt y de Varas, aliando sus armas a las  
de Lastarria, de Tocornal y de García Reyes. El pro-  
yecto del Gobierno tenía por origen los disturbios po-  
pulares de la elección presidencial del año 46; pero  
merced a la resistencia de sus adversarios, el Gobierno  
cedió en parte en sus opiniones y modificó en sentido  
menos restrictivo su proyecto de ley. “No hay Go-  
“ bierno fuerte sin prensa libre”, decía Gómez. Y aña-  
día en otra parte: “El nacimiento de nuevas necesida-  
“ des y de nuevos intereses ha impreso otra dirección  
“ a los espíritus, los ha inclinado a una existencia más  
“ positiva, a anhelos más reales. Estas dos consecuen-  
“ cias nos ha traído la libertad de la prensa, a pesar de  
“ su desborde; la extinción del espíritu de la guerra  
“ civil y la cooperación, el apoyo que ha encontrado  
“ el Gobierno en la mayoría de la Nación.”

“Cuando se discutió públicamente la conveniencia y  
necesidad de tener una codificación propia de la Repú-  
blica, Gómez abogó por el mantenimiento de la legisla-

ción española, expurgándola de todo lo que había caducado de hecho y de todo lo incompatible con la época del día. La legislación de la madre Patria, a su juicio, era un fuerte vínculo de unión entre los Estados hispano-americanos, y establecía la solidaridad de sus destinos, uniformando sus conveniencias e identificando sus principios de organización democrática; además, dudaba que fuese conveniente—en esa época de evolución incesante, cuando la sociedad pasaba por un período de transformación y carecía de fisonomía definitiva,—dudaba que fuese oportuno el cambio de leyes que podían dejar gérmenes de graves males y aún oponer serios obstáculos al desarrollo posterior de la Nación. Cualesquiera que sean ahora nuestras ideas a este respecto, no puede dejarse de ver que las expuestas por Gómez tenían una gran importancia en esos años y eran el fruto de serias meditaciones.

“Se dilataría mucho este rápido bosquejo si fuésemos a detenernos sobre todos los puntos que abarcó la obra periodística del publicista uruguayo; pero no podemos pasar por alto sus opiniones respecto a la política interna del país, porque quedaría incompleto y trunco todo el relieve de su fisonomía.

“Gómez deseaba primero que nada la consolidación del orden público y el afianzamiento de la paz social, como único medio ambiente propicio para el desarrollo y progreso de la personalidad humana. Quería buenos gobernantes antes que la aplicación o el ensayo de leyes nuevas, por excelentes que fuesen.

“El mal en América no está en las instituciones, escribía, sino en los hombres que las falsifican, especulando con ellas y esclavizándolas a su egoísmo.

“Se clama por reformas que aseguren la libertad del sufragio, la libertad de la palabra, la independencia y la dignidad de la vida. ¿Qué nos darían de nuevo estas reformas, mientras que las flamantes leyes

“ fuesen ejecutadas por individuos que a merced de su  
 “ poder, reuniesen en una cárcel, cuando a bien les  
 “ pluguiese, bajo fútiles pretextos que nunca faltan a  
 “ los mandatarios, a los ciudadanos más honorables;  
 “ cuando en sus relaciones con la autoridad el ciuda-  
 “ dano no puede alcanzar justicia, sino envileciéndose,  
 “ prosternándose, por decir así, ante el ídolo de barro  
 “ deificado mediante un bastón de gobernador o de  
 “ intendente.”

“Sostenía la necesidad de la existencia de los parti-  
 dos políticos, para garantizar precisamente con la oposi-  
 ción de alguno de ellos la marcha constitucional del  
 Gobierno. “Los partidos políticos, enseñaba, no son  
 “ bandas de salteadores. Son ideas, o, más bien dicho,  
 “ personificaciones de ideas, que tienen derecho de  
 “ aspirar al predominio, y nunca hemos podido pres-  
 “ cindir de considerarles, sobre todo cuando tienen  
 “ vida, cuando son hechos existentes que no conseguirán  
 “ los años anonadar. ¡Desgraciado Chile si no tuviese  
 “ partidos políticos en su seno! La libertad sería una  
 “ vana palabra desde que no los encontrásemos. La  
 “ revolución americana hubiera sido la más solemne  
 “ mentira... Es necesario su predominio, pero no su  
 “ tiranía”.

“El rol, escribía en otro artículo, de una oposición  
 “ ilustrada y sincera, es más brillante, sin duda, que  
 “ el de la administración, esclavizada por las contra-  
 “ riedades y por el trabajo. La conquista de mayores  
 “ libertades, de más efectividad en los derechos, de  
 “ nuevos progresos, por medio del talento, del olvido  
 “ de su egoísmo, de la consagración a los intereses del  
 “ país, es un noble empeño de lucimiento y de fácil  
 “ gloria.”

“La lucha electoral por la Presidencia de la República  
 en 1851, dió ocasión a Gómez para escribir magistrales

artículos políticos, ya para sujetar la conmoción revolucionaria que preveía venir, ya para sugerir a los gobernantes ideas de tolerancia y de concordia, que asegurasen la paz en el seno de la familia chilena. La revolución para Gómez, más que una lucha entre hombres rivales, era el antagonismo de elementos sociales que pugnaban por supeditarse; era, puede decirse, una enfermedad del cuerpo social, sometida al estudio de la patología social. “Chile, decía, pasa en estos tiempos por los sufrimientos del desarrollo. Los pueblos, como los individuos, se ven aquejados de un malestar indefinible en la transición de una edad a otra, de un modo de ser que acaba a diverso modo de ser que empieza. Recién salido del pupilaje metropolitano, sin experiencia de la libertad, sin hábitos constitucionales, tuvo que poner su destino bajo la guardia del sable más vigoroso, para escapar de la disolución de la anarquía. La fuerza era el único Gobierno posible, y el país lo aceptó a trueque de alguna seguridad y de algún reposo... Su conciencia ha ido formándose lenta y laboriosamente, y ha llegado el momento de comprender las influencias que lo abrumaban y de emanciparse para siempre de su antiguo predominio. La lucha es hoy entre lo pasado y lo presente, entre el elemento nuevo y el viejo de nuestra sociedad, que han bajado a disputarse la elección de 1851. De un lado se halla el viejo patronato de la espada, de la familia, de la hacienda, de la casta. Del otro, el principio democrático y republicano, que se personifica en la ciencia, en la probidad, en el carácter.”

“Sus esfuerzos no evitaron las luchas armadas del 51, y cuando Gómez vió al país ensangrentado y dividido, a este país que consideraba como el único ejemplo de democracia republicana en Sud América, una amarga invasión de desaliento invadió su espíritu, perdió

por un instante la fe en los destinos de estos pueblos, vió obscurecerse el porvenir, y como los profetas antiguos, se cubrió la cabeza para gemir en silencio. Felizmente la tormenta fué pasajera en Chile, y cuando celebraba la vuelta de la paz pública se derrumbó al otro lado de los Andes la sangrienta dictadura de Rosas, abriéndose a los proscriptos las puertas de Buenos Aires y de Montevideo.

“Juan Carlos Gómez partió para no volver, dejándonos, en pago de la hospitalidad, todo el rico bagaje de sus ideas sobre gobierno constitucional, sobre desarrollo de la riqueza pública y sobre cultura política. Terminó su obra en Chile para empezarla en su Patria, y allá fué periodista, diputado y ministro, pero a costa de amargos desengaños y de hondos dolores, que vinieron a fomentar en su alma su tendencia a la soledad y al apartamiento.

“La memoria de los años pasados en Chile era un verdadero descanso para su espíritu, y le gustaba hacer resurgir en su imaginación una multitud de detalles que habían sido grabados en su pasta mental fresca. Recordaba su llegada a Santiago en medio de una tempestad de Invierno, en que cayó una copiosa nevazón que blanqueó los cerros vecinos, hinchó las aguas del río y las vació por la ciudad. Ese grandioso espectáculo de la Naturaleza, desconocido para él, lo dejó sorprendido y maravillado.

“Recordemos nosotros, por nuestra parte, todo lo que a su talento debemos. Sus ideas han pasado a ser nuestro patrimonio común; las hemos aspirado en la atmósfera que nos rodea, y acaso muchos de nuestros pensamientos son los que ese estadista ilustre entregó a las discusiones de los hombres. Como capacidad y corazón no es inferior a otras famas americanas y es superior a muchas por la desgracia de su vida.”